

# Algunas notas sobre Francisco de Quevedo Villegas

## I

La enfermedad de la literatura española ha sido el «isabelismo»; los retóricos «arruinaron el imperio romano»; el uso de una expresión «indirecta» producida por una desconfianza hacia el interés del propio contenido es síntoma de la mayor parte de licuefacciones literarias. Tal desconfianza y el miedo a la autoridad son quizá las dos causas principales del uso de una escritura «indirecta».

Schopenhauer es bastante explícito a este respecto, pero cae en generalizaciones estériles. La literatura perdurable es, quizá, aquella que intenta siempre construir la imagen de lo que trata de un modo sencillo e inequívoco.

La fábula es la forma de la literatura esclava; lo ha sido desde la alegoría de Esopo; ya sea moral o satírica, se mueve siempre temerosa de la estupidez pública o de las condenas oficiales.

Rabelais y Cervantes son, si se quiere, los grandes maestros de este género. Pero, al fin y al cabo, no es sino un medievalismo; pervive hasta *Candide*; Homero, Ovidio, Stendhal y la prosa posterior a Stendhal pertenecen a otro género, mientras que Brantôme es igualmente un precursor. Trato únicamente de establecer dos categorías: distinguir entre el escritor que transmite su mensaje diciendo algo que no es exactamente lo que quiere decir, o presentando una imagen diferente a su «verdadero significado» (cualquiera que sea su talento), y aquel escritor que como Flaubert, Stendhal, Ovidio u Homero, o Li Po, retrata o presenta directamente sus asuntos.

Ovidio, en el pasaje que comienza «Bella parat Minos», Maupassant, en la descripción del viaje en tren en «La Maison Tellier», Brantôme y sus anécdotas, son ejemplos de inmediatez literaria.

Pantagruel concebido mediante el oído, Don Quijote cargando contra los molinos, la historia de la zorra y las uvas, son presentaciones indirectas; y, cuando tal hábito se desplaza del marco general a los detalles de la escritura, nos encontramos con frases como la de Calderón:

The mountains of the sea gave birth to troops<sup>1</sup>.

Lo que quiere decir que las tropas desembarcaron de las naves.

Uno debe aprender a discernir el bacilo mortal en el cuerpo de la literatura; es posible que un temor excesivo a la expresión indirecta engendrara esterilidad; hay un encanto indudable en

Así en países azules  
Hicieron luces y sombras,  
Confundiendo mar y cielo  
Con las nubes y las ondas<sup>2</sup>.

y lo que sigue. Aunque el pasaje descriptivo de *El Príncipe Constante* escapa a la memoria como no escapa ni se pierde la línea siguiente:

De griegas naves una blanca selva

Uno nombra lo obvio al reiterar que el ornamento y el detalle deben aparecer rigurosamente subordinados a la estructura principal. Como toda regla de la literatura, este pequeño resto de sentido común es ambiguo: su incumplimiento nos ha dado lecturas casi (*casi*) tan placenteras como su acatamiento.

*Pero* su incumplimiento ha cubierto el mundo de basura sin fin, y su acatamiento constituye tal rareza que su mínimo fruto es digno de ser celebrado.

## II

Esta enfermedad no es geográfica o exclusiva de España: Marcial, al menos, se libró de ella, aunque su estilo ácido e incisivo no le ha ganado el aplauso que su oposición a los retóricos merece. Apuleyo es culpable de haber importado el estilo africano, pero debe compartir su descrédito con los primeros cristianos africanos, quienes, enfrentados al problema de querer expresar simultáneamente su temperamento y su condición

<sup>1</sup> *En el original:*

*Y en estos horizontes  
aborten los preñados montes  
del mar,...*

Calderón de la Barca, *El Príncipe constante*, edición, introducción y notas de Alberto Porqueras Mayo, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, p. 111, v. 2.551-2.553.

<sup>2</sup> Calderón de la Barca, *El Príncipe constante*, p. 15., v. 243-246.

religiosa, se refugiaron en una espiritualidad que resulta, como mínimo, florida.

Ya sea «gótica» o africana, esta ornamentación ataca la Edad Media y cobra nueva vida con Góngora y Euphues. Francia la evita. Los franceses pasan de la *robustezza* de Brantome a las afectaciones del clasicismo del XVIII en limpias y encantadoras gradaciones. Inglaterra volvió a contraer la fiebre con Ossian y los románticos.

La vitalidad de España fluye en el *Poema del Mío Cid*, el mejor, pienso, de todos los cantares de gesta, en Calixto y Melibea, en Rojas, en las invenciones de Lope, en Cervantes, sátira ésta que no puede ser degustada sino a medias, a menos que uno se harte de leer a Montemayor y demás novelistas de caballerías. Ciertamente, los contornos son visibles; pero la gran mayoría de lectores no es capaz de intuir la fina astilla fosforescente de la tormenta cervantina si no es con ayuda de notas muy elaboradas o citas de la *Diana*.

Otros países se han recuperado. Francia e Inglaterra se recuperan periódicamente; Italia experimentó una gran florecencia que tuvo su punto final en Dante; la poesía italiana se alzó con Leopardi a alturas iguales o acaso superiores a las de la poesía paneuropea, y los prosistas e historiadores de los períodos intermedios pueden ser leídos aún gracias a la limpieza de su estilo. Los poetas italianos han debido convivir con la trampa de unas rimas, si no tan lujosas, sí tan fáciles como las españolas. Sismondi apunta que el esplendor del renacimiento florentino se debía a los derechos democráticos de que disfrutaba el pueblo bajo el gobierno de los Orsini, que los Medici cosecharon sin sembrar nueva semilla ilustrada. Algún demócrata convencido considerará, sin duda, que los culpables del desmoronamiento español son el declive de las cortes españolas, la política extranjera de Carlos V y la guerra de los Países Bajos.

Al menos esto es evidente: la literatura española declinó al tiempo que su poder mundial; la gente visitaba Madrid para ver al «Fénix de los ingenios», Lope de Vega y Carpio, pero desde entonces nadie ha viajado a Madrid para rendir homenaje intelectual a nadie.

No se recuerda que nadie viajara a Londres para ver a Shakespeare, aunque Ben Johnson tenía su propia tertulia. Debemos distinguir entre la caza de leones y la fecundidad de las corrientes literarias internacionales.

Sostienen algunos que la cultura latina medieval era paneuropea; conviene matizar este concepto con la percepción de que era frecuente tener civilización en un castillo y barbarie en los tres castillos vecinos (del mismo modo que uno puede encontrar cultura en un apartamento de la Quinta Avenida o los Campos Elíseos y crasa ignorancia en el apartamento vecino).

En cierto sentido, el renacimiento fue paneuropeo, pero no hay labor detectivesca más fascinante que tratar de rastrear sus meandros. Existió en Italia tras una serie ininterrumpida de intentos. Empezó tempranamente con Boccaccio y se extendió gracias a Valla, los helenistas, los nuevos paganos, de 1420 a 1521. Italia era dueña de una prosa clara, excelente, en una época en que los documentos de Estado ingleses eran enrevesados y casi ininteligibles por la simple insuficiencia del medio de expresión.

Navagero viajó a España. Boscán, leemos, «introdujo el clasicismo».

Ignacio de Luzán tradujo a Safo, *El Parnaso*<sup>3</sup> incluye traducciones del siglo XVIII de Sófocles y Eurípides.

España absorbió a los clásicos, al tiempo que mantenía contacto con el mundo exterior.

Quizá no haya mejor ilustración de los intercambios literarios internacionales, en tanto que distintos de la mera ingestión de los clásicos y sus modelos, que la historia de la elegía renacentista sobre las ruinas romanas. Lázaro Bonamico, corresponsal de Diego Hurtado de Mendoza, quien se dirige a aquél en un largo poema que empieza

Villa suburbano dum me delectat agello,

inaugura o toma prestado el tema siguiente:

Vos operum antiquae moles, collesque superbi  
 Quis modo nunc Romae nomen inane manet,  
 Vosque triumphales arcus, caeloque colosi, etc...  
   ... memorabile nomen  
 Tempus edax rerum tollere non potuit...  
 Caetera labuntur tacito fugentia cursu, ...

Janus Vitales lo recrea de esta suerte:

Qui Romam in media quaeris novus advena Roma,  
 Et Romae in Roma nil reperis media,  
 Aspice murorum moles, praeruptaque saxa,  
 Obruataque horrenti vasta theatra situ:  
 Haec sunt Roma: viden velut ipsa cadavera tantae  
 Urbis adhuc spirent imperiosa minas?  
 Vicit ut haec mundum, nisi est se vincere: vicit,  
 A se non victum ne quid in orbe foret.  
 Nunc victa in Roma victrix Roma illa sepulta est?  
 Atque eadem victrix, victaque Roma fuit.

<sup>3</sup> Parnaso Español. Publicado por A. de Sancha, 1776.

Albula Roma restat nunc nominis index,  
 Qui quoque nunc rapidiis fertur in aequor aquis.  
 Disce hinc quid possit fortuna: immota labescunt,  
 Et quae perpetuo sunt agitata manent.

El lector se habrá dado cuenta a estas alturas de que nos hallamos ante el tema del celebrado soneto de Joachim du Bellay<sup>4</sup>:

Nouveau venu qui cherches Rome en Rome;

traducido al inglés por Spenser en su serie de versiones de *Antiquitez de Rome* de Du Bellay.

El estudiante atento habrá advertido en «cadavera tantae» un eco o reflejo de las líneas de Castiglione referidas a la muerte de Rafael.

La versión de Quevedo, aunque escogida por ciertos antólogos, no se halla entre las más afortunadas:

Buscas en Roma a Roma! oh peregrino<sup>5, 6</sup>.

Ahora bien, dos andamios son necesarios antes de proceder a una evaluación de autores extranjeros e incluso nativos; uno es un conjunto de baremos internacionales; el otro una cierta comprensión de la relativa perdurabilidad de las diversas especies de libros.

<sup>4</sup> Doy seguidamente una traducción del soneto de Du Bellay en la que mantengo su juego técnico con el sonido «o»:

ROME

*O thou new comer who seek'st Rome in Rome  
 And find'st in Rome no thing thou canst call Roman;  
 Arches worn old and palaces made common,  
 Rome's name alone within these walls keeps home.*

*Behold how pride and ruin can befall  
 One who hath set the whole world 'neath her laws,  
 All-conquering, now conquered, because  
 She is Time's prey and Time consumeth all.*

*Rome that art Rome's one sole last monument,  
 Rome that alone hast conquered Rome the town  
 Tiber alone, transient and seaward bent,  
 Remains of Rome. O world, thou inconstant mime!  
 That which stands firm in thee Time batters down,  
 And that which fleeteth doth outrun swift time.*

<sup>5</sup> P. 4. vol. 69 *Biblioteca de Autores Españoles*. Nótese, en conexión con puntos de mi argumento que retomaré más tarde, que el editor español de este volumen (publicado en 1877), si bien añade varias pulgadas de notas en tipos grandes, parece ignorar por completo que Quevedo traduce a Du Bellay (Du Bellay, 1525-1560. Quevedo nació en 1580).

<sup>6</sup> «A Roma sepultada en sus ruinas (Soneto)», en Francisco de Quevedo, *Obras completas*, I. Poesía original, edición de José Manuel Blecua, Planeta, Barcelona, 1968, segunda edición, pp. 260-261 (260), v. 1.